

La muerte violenta de un hijo: ¿Continuar o romper con el ciclo de la violencia?

Blanca Inés Jiménez
Profesora Titular
Departamento de Trabajo Social
Universidad de Antioquia

Resumen

En este artículo se pretende, a partir de un estudio realizado en la Comuna 13 de la ciudad de Medellín, describir y analizar, desde el testimonio de las madres, los diferentes significados que tiene la muerte violenta de un hijo, sus respuestas subjetivas y sociales en términos de continuar o romper con el ciclo de la violencia, y cómo estas respuestas están relacionadas con la concepción que ellas tienen de justicia. Se finaliza el artículo destacando la necesidad de transformar las concepciones que hacen de estos hechos fenómenos de incumbencia privada para colocarlos en el dominio público y de esa manera reclamar al Estado y a la sociedad que se conozca la verdad y se haga justicia.

Palabras clave: Comuna 13, Medellín, madres, muerte violenta, hijo, duelo, verdad y significación, venganza, justicia estatal, justicia privada, justicia divina.

Abstract

Through a study achieved in the 13 Commune of the city of Medellín, this article aims to describe and analyze (from the mother's testimonies) the different meanings of the violent death of a son, the subjective and social answers in terms of the continuation or breakage of the violence cycle and how these answers have relation with their conception of justice. The article concludes highlighting the need to transform the idea that this facts concern to the private domain and place them in the public domain to open a way to reclaim to the government and the society for the knowledge of the truth for justice to be made.

Key words: Commune 13, Medellín, mothers, violent death, son, duel, truth and meaning, revenge, state justice, deprived justice, divine justice.

Artículo recibido: Agosto 30 de 2005. *Aceptado:* Noviembre 2 de 2005

Introducción

En la ciudad de Medellín, como efecto del conflicto que vive el país, un número significativo de jóvenes han muerto violentamente en la última década: unos, en calidad de combatientes al pertenecer al Ejército Nacional, los grupos insurgentes o contrainsurgentes; otros, porque fueron declarados “objetivo militar”; finalmente unos más que sin haber tomado partido por uno u otro bando o por accidente, se encontraban en medio del fuego cruzado. Las familias de esos jóvenes se han visto enfrentadas a un drama que difícilmente pueden explicar y procesar.

Particularmente, la Comuna 13 de la ciudad de Medellín ha vivido en los últimos años una escalada del conflicto armado, convirtiéndola en la mayor generadora de violencia en la ciudad. Es así como la agencia de noticias CNE¹ informó que según el Observatorio de Derechos Humanos de la Vicepresidencia de la República, en esta comuna se registraron 373 homicidios entre el primero de enero y el 31 de agosto de 2002, tasa que fue seis veces la del país.

La pérdida del ser amado, según la manera como sea percibida y procesada, puede convertirse en un motivo para continuar con la violencia o para asumir posturas a favor de la paz. Esa problemática nos ha llevado a preguntarnos por el significado que ha tenido para las madres la muerte violenta de sus hijos varones,² y las respuestas ante este hecho en términos de perpetuar o no el ciclo de la violencia según su relación con la percepción que se tenga de la justicia punitiva.

¹ 18 de octubre de 2002.

² Ellas reportaron la muerte de un hijo varón, sin que ese fuera criterio para su selección. Las estadísticas confirman que son significativamente mayores los porcentajes de muertes violentas en hombres que en mujeres.

Este artículo tiene como referencia el estudio de Hugo Betancur, Yolanda Castrillon, Heidi Contreras y Lina Isabel González, denominado: “Padres y madres ante la muerte violenta de un hijo”, realizado entre junio de 2003 y junio de 2004, como trabajo de grado en Trabajo Social. Dicho estudio hace parte de una investigación más amplia que viene realizando el grupo de investigación *Conflictos y Violencias*, adscrito al Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, y denominada: “Dinámicas de guerra y construcción de paz: Caso de la Comuna 13”. Una de sus integrantes es la profesora Blanca Inés Jiménez Z. quien propuso el tema a los estudiantes y asesoró la investigación.

Para lograr los propósitos de este estudio se realizaron entrevistas profundas con 18 madres³ habitantes de diferentes barrios de la comuna, quienes fueron seleccionadas con la técnica bola de nieve. Un criterio para la selección de las madres fue que sus hijos/as hubiesen muerto en los últimos años (y no menos de 6 meses atrás),⁴ a raíz del conflicto político armado; pero al realizar las entrevistas se recogieron testimonios que dieron cuenta de muertes violentas por otros motivos. No podemos olvidar que en Colombia, el conflicto político actual ha tenido como ingredientes el narcotráfico, el sicariato y las bandas de delincuencia organizada, a lo que se suma la violencia como una de las maneras de “tramitar” los conflictos en el ámbito privado.

Este tema es de actualidad y de interés para quienes de una u otra forma nos sentimos comprometidos(as)

³ El propósito inicial era tener una población entrevistada más amplia, pero esto no fue posible por condiciones de seguridad y por renuencia de las madres.

⁴ Con este criterio se pretendía que la madre no estuviera bajo el impacto inmediato de la pérdida.

en la búsqueda de alternativas para afrontar las consecuencias del manejo violento de los conflictos políticos y sociales, y en esa medida romper con el ciclo de la violencia.

1. El conflicto violento en la Comuna 13

En la década de los 90 se ha dado en la ciudad de Medellín⁵ un escalamiento de la violencia, que obedece como lo señala el politólogo Pablo Emilio Angarita, a una variedad de factores, entre los que están:

el conflicto político armado, el dominio territorial para asegurarse los mercados del tráfico de estupefacientes y/o armas, acciones de ‘limpieza social’, eliminación de personas consideradas indeseables en un barrio, con ostentación de poderío militar y el asumir funciones de justicia y seguridad del área; todo lo cual conduce a la constitución de ‘autoridades’ ilegales que, como micro-poderes, se imponen en diferentes barrios de la ciudad. Así, ‘dando protección y exigiendo obediencia’, han ido perfilando un régimen altamente autoritario, que devela la gran ausencia de una dirigencia estatal democrática, y a su vez contribuyen a erosionar la poca existente.⁶

La Comuna 13 no ha sido ajena a esa problemática de violencia. Sus propios pobladores afirman que en la década de los 80 fueron víctimas de la delincuencia común que perpetraba robos, atracos, violaciones y asesinatos, actos que quedaron en la impunidad porque las autoridades del Estado no hicieron uso de todos los mecanismos requeridos para la aplicación de justicia. En la década de los 90 se conformaron las Comandos Armados del Pueblo como expresión miliciana nacida en los ba-

rrios del sector, para brindar seguridad ante los desmanes de la delincuencia, establecer un orden y controlar el territorio. Posteriormente, entre 1994 y 1995 llega a la comuna la primera extensión de las milicias del ELN autodenominadas milicias América Libre, y miembros de las FARC, con el mismo propósito, y en el 2001 inician operaciones las AUC en la parte alta de la comuna con el fin de combatir a la insurgencia y tener control sobre la zona. Esto generó una permanente confrontación armada entre los grupos, y asesinatos de personas de la comunidad “por colaboradores o simpatizantes del otro bando”, y por transgredir los límites territoriales y las normas impuestas.

A la permanente confrontación entre milicias y paramilitares se agrega la decisión de las fuerzas militares del Estado de tomar el control militar de la zona. Durante todo el año 2002 se realizaron operaciones: la Mariscal en mayo, la Operación Antorcha en agosto y Orión en octubre. Una característica fue el uso de un armamento propio de las guerras de alta intensidad: tanques, ataques aéreos, fusiles,⁷ lo que produjo un mayor número de muertes y pánico en la población. Mientras unos habitantes denuncian atropellos y violaciones a los derechos humanos, otros consideran estas operaciones como “un mal necesario”.

El conflicto en esta comuna da cuenta de lo señalado por la socióloga María Teresa Uribe sobre la pluralidad de los actores armados políticos y delincuenciales, “trenzados en una disputa territorial y de control hacia la población mediante la puesta en ejecución de estrategias de terror, crímenes atroces, masacres de jóvenes y población civil no involucrada, ajusticiamientos, desapariciones, desplazamientos forzados e intimidación generalizada”.⁸

Este sector de la ciudad se convirtió en centro de disputa por ser una zona estratégica, al estar conectada

⁵ El área urbana de Medellín está conformada por seis zonas y estas por dieciséis comunas. La Comuna 13 pertenece a la zona centro-occidental de la ciudad.

⁶ ANGARITA, Pablo Emilio. Conflictos urbanos, seguridad democrática y derechos humanos. Ponencia presentada en el seminario “Seguridad, Derechos Humanos y Paz en Colombia”, Organizado por Programa Andino Democracia y Derechos Humanos, de la Unión Europea. realizado en Santafé de Bogotá, Febrero 26 y 27 de 2003.

⁷ El epicentro de las confrontaciones estuvo en los barrios de Blanquizaral, Juan XXIII, Veinte de Julio, El Salado, El Socorro y La Gabriela, y las Independencias.

⁸ URIBE, María Teresa. Memorias, historia y ciudad. Revista Trabajo Social. No 1. Medellín. Departamento de Trabajo Social. Universidad de Antioquia. Enero-junio. 2005. p:16.

con el túnel de Occidente, uno de los accesos viales más importantes para el futuro de la ciudad, porque la vincula con Urabá y la salida al mar; con el occidente del departamento de Antioquia, donde se tiene prevista la represa Pescadero-Ituango, que será la más grande en Latinoamérica; y con el canal interoceánico en el norte del departamento de Antioquia.

Otros factores económicos y sociales también sirvieron de detonantes al conflicto: de un lado, la influencia del narcotráfico y la ampliación de la delincuencia organizada, y de otro, la exclusión social, económica y política: la deficiencia y baja cobertura en la educación, problemas en la cobertura de los servicios de salud, poca presencia del Estado en lo que atañe al bienestar, empleo, seguridad, entre otros, y pocos espacios para la participación democrática. Estas condiciones de exclusión e inequidad han implicado para la comuna un presente problemático y desestabilizador, marcado por un alto nivel de violencia.

En ese marco de conflictividad y violencia, la vida cotidiana de la población padeció un impacto negativo. Con respecto a lo anterior, la investigadora Marta Inés Villa dice:

la disputa de un control territorial que conlleva vigilancia y control de la población civil y la imposición de una serie de normas y ordenes sociales y morales, tejen los hilos de una interpretación que apunta a que, contrario a otras guerras conocidas, esta se libra, no solo entre ejércitos o contra el Estado, sino contra la sociedad. Se trata más que de una acción estrictamente bélica, de un eje estructurante del orden social, del orden institucional, de las relaciones sociales y de la vida cotidiana.⁹

Este conflicto ha transformado la cotidianidad de los habitantes de esta comuna hasta tal punto que es frecuente la frase “durante ese período no vivimos, sobre-

⁹ VILLA, Marta Inés. Urbanización de la Guerra: Lo que va del miedo al terror. En: revista Desde la Región. N° 40. Sep. 2003. Medellín. Pág. 22-28.

vivimos”. A pesar de las resistencias para hablar del conflicto armado, ya sea por temor o porque se prefiere no tener que recordarlo, se escuchan voces que dan cuenta del horror, el miedo y la inseguridad:

... chumbimba¹⁰ a toda hora, uno no se podía mover de la casa, el ejército, la policía, la misma gente, el ejército y los otros hacían mucho allanamiento y eso hacía que se violentara más la gente, eso era impresionante, era una guerra tremenda, un conflicto muy horrible (Marcela).

“Los niños no podían ir al colegio”. “Nadie puede salir... tenemos que estar muy encerrados”. “Y uno se levantaba y decía: salgo o no salgo, porque si me quedo aquí, qué miedo, y si salgo, pero uno no vivía, no... era con la zozobra; ya vienen, ya va a volver a empezar...” “Uno no podía ver, no podía hablar, no podía hacer nada...”(madres entrevistadas).

Los habitantes de estos barrios de la periferia de la ciudad, sin distingos de edad y sexo, han padecido temor e incertidumbre, porque piensan que en cualquier momento puede suceder algo que atente contra sus vidas y las de sus seres queridos. Aún cuando el conflicto ha bajado de intensidad después de la llegada del ejército y la policía, la zozobra continúa por el temor a que vuelvan a intensificarse los enfrentamientos. Los habitantes de estos barrios, y especialmente los del epicentro del conflicto, continúan viviendo los efectos de la violencia y tienen mayor dificultad para romper con ese pasado inmediato que les cambió las vidas. Entre estos habitantes se encuentran las madres que perdieron violentamente a sus hijos.

2. El significado de la muerte de un hijo

En nuestra cultura tradicional se le ha otorgado un alto valor a la maternidad, equiparando el ser mujer con el ser madre. Esto, sumado al amor narcisista por los hijos,¹¹ ha llevado a las mujeres a concebirlos como una

¹⁰ Es una forma de referirse a las balaceras.

¹¹ Al respecto consultar: Tenorio María Cristina. Instituir la deuda simbólica. Revista Colombiana de Psicología. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. 1993.

prolongación de sí mismas, colocando en ellos la razón de su existencia y el logro de sus propios proyectos frustrados, dedicando sus mayores esfuerzos a velar por su bienestar, muchas veces deponiendo otros intereses.¹² En este contexto se explica el por qué la mayoría de las mujeres entrevistadas expresan que la muerte de sus hijos es lo peor que han vivido. Ellos eran su alegría, les brindaban apoyo económico y emocional, e independiente de los conflictos que pudieran tener, son recordados como buenos hijos, padres, hermanos y amigos:

Mire, un hijo es todo para una madre (Fanny). Es que los hijos a uno le duelen; si uno los ve sufrir, sufre parejo con ellos, si uno los ve contentos, uno también está contento (Marina). Sabe que un niño es de por sí un pedacito de uno (Eliana).

La muerte de un hijo(a) es una de las consecuencias más graves y sentidas del manejo violento de los conflictos, porque al hecho en sí de la pérdida de ese ser querido se añade el empleo de la fuerza; ésta “no procede de una evolución normal de las leyes de la naturaleza relativas a la enfermedad o la degeneración, sino que por el contrario, proviene de la intervención de un elemento exterior y brutal”.¹³ En este caso, de unos actores que se sienten con derecho de decidir sobre la vida y la muerte de los otros.

Para el caso que nos ocupa, quienes murieron violentamente fueron 15 jóvenes entre los 14 y 24 años; 2 adultos de 28 y 31 años; y un niño de 2 años. Algunos de ellos se encontraban trabajando o estudiando, y otros sin ocupación.

Algunas madres expresan que no han podido elaborar el duelo por esa pérdida irreparable, por ello las invade el dolor y la rabia. A pesar de la diferencia que existe entre un asesinato y una desaparición forzada, porque

¹² Al respecto ver: PUYANA, Yolanda (compiladora) y Otros. Padres y Madres en Cinco Ciudades Colombianas, Cambios y permanencias. Almudena Editores. Bogotá, Febrero de 2003.

¹³ ROJAS Arias, Carlos Augusto. El Ritual De La Muerte Violenta En Medellín, Departamento de Psicología. Trabajo de grado. Universidad de Antioquia. Medellín. Sin publicar.

en el primer caso las familias cuentan con la presencia del cadáver que les permite hacer los rituales funerarios, la mayor dificultad consiste en dar una explicación y encontrar un sentido a dichas muertes. Tal como lo plantea la psicóloga María Victoria Días, “En el trabajo de duelo frente a la muerte del otro amado, el doliente construye un sentido que justifica la pérdida y le permite movilizar la elaboración”.¹⁴

Ante este hecho tan radical, las madres, como dadoras de vida, difícilmente pueden seguir viviendo sin rencor, deseo de venganza o el dolor que las agobia y las aísla de sus lazos sociales.

Uno nunca está preparado para ver morir la gente que uno quiere y más a quien uno le dio la vida. La muerte de un hijo es como la muerte de uno mismo. Es como si le quitaran la vida a uno (Marina). La muerte de un hijo es como si le arrancaran a uno un pedazo de corazón (Fanny).

Estas mujeres no encuentran palabras que permitan objetivar el hecho, por ello dan cuenta de sentimientos, emociones, respuestas físicas. Hablan de depresión, desinterés por su existencia, agresividad, daño en las relaciones familiares y de pareja, alcoholismo,¹⁵ y aunque algunas encuentran en otros hijos motivación para seguir viviendo, manifiestan que esa muerte les dejó un vacío inexplicable, imposible de llenar, lo que las mueve a afirmar que sus vidas nunca serán iguales. Sienten que el dolor es insuperable. Es una marca que ya no se borra.

Para estas mujeres la muerte violenta de su hijo como víctima del conflicto armado, no tiene el sentido de un acto generoso de entrega a la patria, tal como se narra en la historia del país referida a los procesos de independencia de la colonia española, o cómo se argumenta ante la muerte en combate de los soldados regulares. Ante la pérdida de un hijo que no participó en

¹⁴ DÍAZ, Facio Lince Victoria Eugenia. Del dolor al duelo. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia. 2003 p: 6.

¹⁵ Estos efectos no son expuestos en este artículo por limitaciones de espacio.

el conflicto como actor, que no es un héroe de la patria, ni murió por un ideal o una causa justa, sino que fue víctima del conflicto, estas mujeres no encuentran referentes ni argumentos que les ayuden a procesar ese dolor que sienten por eso que, según sus propias palabras, se parece a su propia muerte. Ellas no han logrado encontrar una manera de “reparar o resarcir”, ese vacío, ese agujero,¹⁶ y no aciertan a tener explicaciones que les satisfagan, ni acciones del Estado o del conjunto de la sociedad que les permita por lo menos sentir que se hizo justicia o que en algo se repara el daño sufrido. Ellas tienden a sumergirse en sus mundos privados, y sus sentimientos pueden fluctuar entre el dolor y el deseo de venganza, o entre el dolor y la búsqueda de salidas individuales que les ayuden a encontrar un nuevo sentido de vivir. Muy pocas, debido a esa inmersión de las mujeres en lo privado, logran encontrar alternativas colectivas, como la pertenencia a grupos sociales, que les permitan resignificar esa muerte y encontrar otras razones para su existencia.

Si bien en el estudio no se pretendía dar cuenta del proceso de elaboración del duelo, por los relatos de las mujeres se aprecia la enorme dificultad que hay para ellos en los términos expresados por María Victoria Díaz Facio Lince, de hacer soportable lo insostenible de la pérdida, permitiendo recuperar la energía necesaria para la vida.¹⁷

3. Los motivos y los actores de la muerte violenta

El conocimiento de la verdad, el lograr acercarse aún incipientemente a la comprensión del hecho violento, puede contribuir a la construcción de un sentido. Esta verdad puede ser inmediata referida a las personas o grupos que dieron muerte al hijo y por qué lo hicieron, o una verdad histórica que permita comprender el lugar que tiene esa muerte y las otras muertes en la historia de la ciudad y del país.

¹⁶ “Lacan muestra cómo la pérdida de un ser amado causa en un sujeto un agujero en lo real ante el cual aquel debe apelar a un universo simbólico para responder”. Díaz Facio Lince Victoria Eugenia. Op cit. p 7.

¹⁷ DÍAZ, Facio Lince Victoria Eugenia, Op cit. p 66.

Para el caso que nos ocupa, la mayoría de las madres entrevistadas no tienen argumentos que les permitan explicar un hecho tan dramático. En los relatos hay referencias a los actores y sus motivos en los siguientes términos: “se habla”, “se dice”, “yo creo que”. Muy pocas dicen saber quiénes fueron los asesinos y sus móviles. Utilizan formas genéricas de nombrar, que también son maneras de no nombrar, lo que contrasta con las amplias descripciones de los momentos vividos con la noticia de la muerte.

Las muertes de los jóvenes están asociadas con actos intencionales o accidentales. En los intencionales, es evidente que los actores pretendían la eliminación de la víctima, pero en general no hay una afirmación de la pertenencia de los hijos a alguno de los grupos en disputa.

Decían que llevaba razones a una de las bandas, y eso era mentira (Nora). Veá, él no era malo, pero era amigo de unos muchachos que tenían muy mala fama por acá, y dizque decían que pertenecían a una banda (Fanny).

En los relatos se encuentran referencias indirectas que pueden dar cuenta de los móviles de las muertes: el ser amigo de un joven perteneciente a un bando, por lo que es asesinado por miembros del otro bando; el rumor de que era informante o apoyaba a uno de los grupos; el tener amores con la novia de un “duro” (miembro de algún grupo armado); o el no cumplir con una tarea impuesta por uno de los grupos armados; y aun por error, porque se equivocaron o lo confundieron con otro.

Lo que ellas evidencian es el poder que tienen los actores armados para establecer normas arbitrarias y para hacerlas cumplir por los habitantes del sector, de manera que quienes no se someten a ellas corren el riesgo de ser asesinados sin compasión. La muerte de sus hijos confronta a las madres con el goce de Otro, con lo arbitrario del capricho del Otro.¹⁸

¹⁸ DÍAZ, Victoria Eugenia, . Op cit. P: 49.

Otras muertes se producen por causas “accidentales”, en medio de los enfrentamientos entre los combatientes, y se denominan balas perdidas. Es una manera de señalar que el hijo no era el destinatario, aunque se desdibuja la visión del responsable de disparar. Aparece “la violencia” en abstracto, como la que genera las muertes, diluyéndose la responsabilidad de los actores involucrados en las confrontaciones.

Mi hijo hacía nada había salido a la tienda porque lo había mandado a que me hiciera un mandado, cuando de pronto sentí como bala... yo salí corriendo a ver que pasaba, cuando vi que era mi hijo (Nancy).

...yo sentada en la puerta de la casa, un día muy tranquilo, muy normal, en el día no se había presentado ningún conflicto, cuando de repente se presentó esa balacera; no sabía qué hacer, tenía miedo que de pronto me daban a mí, pensaba en mi hijo; lo primero que hice fue correr y ya cuando corrí me encontré con mi hijo tirado en el suelo (Eliana).

La noción de muerte “accidental” deja a estas mujeres con menos argumentos para encontrar un sentido a la muerte. Parecería como si fuese una “fuerza externa” que ellas no están en capacidad de controlar y de la que no saben de dónde proviene ni por qué se da, y que segó en forma irreparable la vida de sus hijos. En estos casos, para ellas es más difícil demandar que se juzgue a los responsables, porque ellas no saben a quiénes responsabilizar de esos actos. Esta dificultad se acrecienta cuando las mujeres no tienen un discurso político que les permita entender el conflicto vivido. Al narrarlo logran dar cuenta de eventos, situaciones, personajes, sin una clara diferenciación de los mismos. Esto evidencia la poca oportunidad que han tenido de acceder a la verdad de los procesos históricos en los que están involucradas sin una clara conciencia de ellos.

Algunas madres manifiestan “desinterés” por saber quiénes fueron las personas que asesinaron a sus hijos. Este desinterés se da, según ellas, porque el saberlo no les va a servir de consuelo a su dolor, pero ese desinterés también oculta un temor a posibles represalias:

No, nosotros no supimos...aunque los amigos de él dizque sabían, la verdad es que es mejor no saber. Dios sabrá como hace sus cosas, nosotros no queremos problemas de nada...a mi me da miedo que si sabemos algo, le vaya a pasar algo a mis otros hijos (Fanny).

La diversidad de actores y personas involucrados en el conflicto dificulta identificar a los asesinos y a qué grupo pertenecen. Tal como lo afirma María Teresa Uribe: “en Medellín los actores armados son móviles, cambiantes, puede ser cualquiera o ninguno”.¹⁹

Lo que evidencia la falta de información sobre los asesinos y sus móviles es la impunidad y la escasa confianza en que se haga justicia por parte del Estado. Porque un componente fundamental para que se haga justicia es la identificación de los responsables de esas muertes.

4. Respuestas de las madres frente a la muerte violenta de un hijo(a)

La muerte de un ser querido es un hecho difícil de aceptar que genera sentimientos y emociones encontradas. Esta es una “experiencia vital complicada, formada por un conjunto de procesos psico-físicos-emocionales-relacionales-espirituales ... a partir de la noción subjetiva de la pérdida”.²⁰

La muerte violenta es un acto de ruptura abrupta e inesperada de la vida que cuando se presenta, produce en los familiares de las víctimas respuestas subjetivas y sociales relacionado con la manera como esta sea interpretada y procesada.

Como se pudo analizar en los apartados anteriores las madres no tienen unas interpretaciones claras ni suficientes; por ello, existe una relación entre dichas interpretaciones y sus respuestas. Las respuestas de estas mujeres se clasificaron en los siguientes tipos:

¹⁹ URIBE, María Teresa. Memorias, historia y ciudad, Op.cit. P 19

²⁰ FREUD, Sigmund “Duelo y Melancolía” En: Obras Completas, Madrid Biblioteca Nueva.1981

Las respuestas que generan violencia

Las teorías que se ocupan del duelo dan cuenta del odio asociado con el dolor, el cual puede involucrar un deseo de venganza. Dicho deseo de venganza puede verse expresando de tres maneras: por medio del mecanismo de la justicia punitiva (que implica que después de un proceso de la Justicia del Estado, el responsable pague el dolor causado con su propio sufrimiento), inhibirse de hacer justicia ante el posible sufrimiento que puede causar a otros no responsables, o llevar la venganza al acto, generando nuevas acciones violentas.

Al respecto, Victoria Eugenia Díaz señala que la venganza responde al real del goce del agente de la desaparición (cuando se trata de casos de desapariciones forzadas) con el goce del doliente. Para ella, este tipo de “poner límites al otro” no abre salidas al duelo, sino que obtura la simbolización y genera la repetición del acto violento una y otra vez.²¹

Las madres entrevistadas se dividen de la siguiente manera de acuerdo con las respuestas asumidas para vengar la muerte del hijo: las que ejercen directamente la venganza mandando matar al “enemigo” causante de la muerte; las que tuvieron intención de matar, pero no lograron llegar al acto, y las que sienten que su deseo se cumplió a través de otras personas que mataron a los asesinos. Veamos cómo se pueden clasificar este tipo de respuestas violentas:

- Justicia privada como una manera de venganza. Quienes así conciben la justicia la asumen de diferentes maneras: contratando a otro para eliminar a los asesinos, apoyando a los hijos para que ingresen a grupos armados con el objetivo de vengar la muerte de su ser querido, o intentando matar a los asesinos, (aunque no lo llegaran a hacer porque los detuvieron o porque los asesinos se percataron de las intenciones y huyeron).

Yo me puse a averiguar y pude conocerlos. Un día estaba en la clínica visitando al muchacho, cuando vi que llegaron los tipos y lo iban a rematar. Enton-

ces empecé a gritarles; “hijueputas, ustedes mataron a mi hijo, pero yo se lo voy a cobrar, con esta no me quedo, perros hijueputas...” En fin, que yo contraté una gente y fueron y los tumbaron (Patricia).

Entonces, el otro pelao al año siguiente se metió en una banda para vengar la muerte del hermano (Lucía).

Pensé matar a esos hijueputas y le pedí a Dios que me diera la oportunidad de verlos de a uno solo, y yo los mataría, pero no se me dio la oportunidad porque siempre estaban los dos ..., pero yo sentía una ganas inmensas de matarlos (Magnolia).

- Otra manera de ejercer la venganza es aprobar el hecho de que otras personas maten a los asesinos de sus hijos. Es el caso de aquellas mujeres que no harían nada por su propia cuenta, pero que ante el odio que sienten hacia los que mataron a su hijo, desearían que otras personas “se la cobraran”.

Que pecao, tengo mucho odio por los que lo mataron, pero no soy capaz de mandarles a hacer nada. Por ahí unos muchachos me dijeron que como era la vuelta [sic] y yo les dije que no tenía ni idea. Y entonces me dijeron “usted sabe que no es sino que nos dé una pista y ya sabe”, pero no, yo no soy capaz. Que sí pienso que ojalá sí haiga alguien que se las cobre, pero no yo (Susana).

- Otras manifiestan que sintieron alegría al momento de conocer que habían matado a los asesinos de su ser querido.

A uno de ellos ya lo mataron y me alegró, y no me da pena decirlo: si me alegró... (Ana). Llegó una vecina y me dijo: “que regalo tan grande te dieron”. Yo le pregunté: “¿cómo así?”. Y me dijo: “mataron a los que mataron a tu hijo”. Yo me fui para el cementerio a visitar a mi hijo, y yo cantaba y lavaba la tumba feliz (Magnolia).

Es importante tener en cuenta que el resentimiento y las ideas de venganza están asociadas con el dolor y con

²¹ DÍAZ. Op cit. P 14.

el odio hacia el otro causante de la pérdida del ser querido. Pero el hecho de llevar estos sentimientos y deseos al acto está mediado, por un lado, por el hecho de que no existe en estas mujeres una posibilidad de tramitar dicha agresividad por una vía distinta a la desaparición del otro, tal como la comprensión de los fenómenos de violencia social y política, o la elaboración del duelo mediante un trabajo subjetivo y social; y, por otro lado, por la falta de credibilidad en un Estado que asuma el monopolio de la violencia y de la justicia. Tal como plantea la socióloga María Teresa Uribe:

...la guerra deja de ser un asunto público para convertirse en un problema de resentimientos, de odios personales y la justicia da paso a la venganza, lo que ha desplazado los viejos escenarios de la guerra hacia los nuevos espacios de las masacres y las acciones violentas y retaliativas sobre la población civil, supuestamente simpatizantes de uno u otro de los contendientes²²

Estas formas de violencia rompen los lazos sociales y son reproductoras de nuevas violencias. Para el tema que nos ocupa, las ideas de venganza no se quedan solamente en la persona que las siente o actúa, pues en su condición de madre y de miembro de la comunidad, ella trasmite esos sentimientos, ideas o acciones, reproduciendo de una u otra manera un sentimiento colectivo de retaliación y de deslegitimación del Estado como ente regulador de la convivencia ciudadana.

Estos testimonios también controvierten las ideas que plantean la marginación de las mujeres de estos procesos violentos, en tanto algunas de ellas no aceptan la pérdida y asumen posturas que las involucran directamente con el ciclo de la violencia.²³ Estas respuestas deben ser pensadas como un signo de alerta, porque el

²² URIBE, María Teresa, "Legitimidad y violencia: una dimensión de la crisis política colombiana" en Rasgando Velos, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, citado en Días Victoria Eugenia, Del dolor al duelo. Op cit, p 35.

²³ Al respecto consultar: BLAIR, Elsa y LONDOÑO, Luz María. Experiencias de guerra desde la voz de las mujeres. Revista Nómadas. Número 19. Universidad Central. Bogotá. Octubre 2003.

no asumir acciones de acompañamiento a estas madres puede ser un caldo de cultivo para otras violencias.

Respuestas que no generan violencia

Las respuestas que no generan violencia son aquellas que no "pasan al acto" el odio y el deseo de venganza, o que encuentran otras maneras de tramitar dicho sentimiento. En las madres entrevistadas encontramos diferentes posturas:

- No desean reproducir en otros su propio sufrimiento. Mediante un mecanismo de identificación con las madres de los asesinos, muchos de ellos jóvenes como sus hijos y criados en los mismos barrios, expresan no tener ningún interés en avivar en otras madres el mismo sufrimiento que ellas han tenido.

La violencia es lo más horrible que hay; esto no se lo quiero desear a nadie, ni al peor enemigo. Por eso no pido nada contra esa gente, porque yo no quiero que otra madre sufra lo que yo estoy sufriendo (Nora).

Yo no soy capaz de hacerle daño a nadie. Sólo le pido a Dios que ojalá ninguna mamá sintiera el dolor que yo siento (María).

Cuando yo me enteré de que habían matado al que había matado al niño... mire, a mi me dolió la muerte del que mató a mi hijo, porque yo me puse en el lugar de esa mamá (Olga).

Estas mujeres rechazan abiertamente la violencia, tanto aquella que generó la muerte de sus hijos como la que se produciría si asumieran actitudes de retaliación.

- Asumir una postura de autoprotección evitando ponerse en contacto con situaciones que les aumenten el sufrimiento. Estas madres prefieren no saber sobre los asesinos de sus hijos porque creen que eso no les devolvería a su hijo ni les quitaría su propio dolor. Ellas ponen el acento en la pérdida, no en quien la produjo, ni en buscar que se haga justicia.

No he pensado ni en investigar, ni en preguntar el nombre. No, mejor no saber, para no hacerse uno más daño. Yo me imagino que uno sabiendo se hace más daño, es mejor no saber... Porque de pronto comienza uno a alimentar venganza (Dolly).

Nadie sabe quién fue y a mí no me interesa, porque con saber no le voy a devolver la vida a mi hijo (María).

- Debido a su religiosidad, la pérdida y el vacío que dejó la muerte del hijo es llenado con Dios, a quien se le atribuye también la función de regular las relaciones. Algunas mujeres coinciden en pedirle a Dios perdón para los asesinos, y dicen que no harían nada en contra de ellos. Son las mismas que dejan en manos de ese ser “superior” el hacer justicia.

Pedirle perdón a mi Dios por los que lo mataron... Me siento tranquila, no haría nada contra ellos (Carlota).

Todavía se ven por ahí, y le pido a Dios por ellos, que tenga piedad de ellos (Nora).

Estas mujeres no expresan sentimientos de odio por las personas que mataron a sus hijos. Transformaron ese sentimiento hostil en perdón, liberándose del sufrimiento. Tanto la Iglesia Católica como la Evangélica han tenido presencia en esta comuna, congregando a sus feligreses para que se apoyen en la religión y para que pidan a Dios que cese la violencia y que él haga justicia.

- Ingreso a organizaciones sociales para evitar continuar con el ciclo de la violencia o para generar acciones sociales a favor de la paz y la convivencia. El ingreso a las organizaciones tiene diferentes motivaciones, bien como una manera de reparar la posible responsabilidad en la conducta del hijo, como un medio para encontrar apoyo frente a los efectos de la violencia.

La sensibilidad social de una de las madres entrevistadas se incrementó a raíz de la muerte del hijo; ella manifiesta su interés por incorporarse a un grupo que trabaje con jóvenes para ayudarles a encontrar diferen-

tes alternativas a la violencia. Sería una manera de hacer con los jóvenes lo que no pudo lograr con su hijo: que no rompiera el lazo social ni las normas de convivencia.

A mí me encantaría unirme a personas que ayudaran a esta gente joven, ayudar a la juventud, ayudarlos a salir. Que como yo no logré sacar el mío, uno poder sacar a los otros de esa vida, de esa que viven los jóvenes ahora, de violencia, de armas, de maldad (Carlota).

Esta mujer fue la única que expresó que su hijo había estado comprometido “en acciones raras”, y con dolor afirmó que no pudo impedirlo. Entiende su muerte como un efecto de sus acciones no ajustadas al deber ser. Por ello, más que búsqueda de venganza o justicia, su postura es reparatoria, porque siente alguna culpa por el comportamiento del hijo.

Se encuentra una madre que ingresó a una asociación que trabaja por las mujeres víctimas de la violencia:

Me encontré con “La asociación”. Estaba surgiendo, comenzaron a invitarme pa’ reuniones, talleres con psicóloga, una cosa y la otra. Entonces ya me fui como saliendo un poquito de mi problema (Dolly).

Esta mujer obtuvo el apoyo de mujeres organizadas de su comunidad y de una psicóloga que le ayudó a elaborar el duelo. Hoy es una líder en su organización.

Como puede colegirse de lo anterior, son muy diversas las respuestas de las madres. Estas posiciones no violentas pueden estar dando cuenta de una mayor elaboración del duelo, pero también abre las puertas para generar o apoyar acciones sociales de respaldo y acompañamiento a las mujeres que se han visto enfrentadas a pérdidas tan significativas.

Es importante observar que predominan las respuestas individuales porque el daño causado por la muerte es sentido como un hecho individual y, a excepción de

algunas solidaridades familiares y vecinales, no hay un espíritu colectivo para tramitar el conflicto y las consecuencias que les ha traído. A pesar de existir en la ciudad organizaciones como “La ruta pacífica de las mujeres”, “Las mujeres de Negro” y “Las madres de la candelaria” –que de una u otra forma están generando iniciativas de paz y de defensa de los derechos humanos, y que luchan porque se conozca la verdad y se haga justicia frente a las desapariciones forzadas y las muertes violentas– estas mujeres entrevistadas, como muchas otras que viven esta situación, no establecen vínculos colectivos que les faciliten el proceso de elaboración del duelo ni desarrollan acciones que les permitan una mayor articulación social y política en pro de romper el ciclo de la violencia y de aportar para la construcción de la paz.

Tal como se verá a continuación, las respuestas de estas madres están relacionada con la percepción que tienen sobre si se ha aplicado o no justicia frente a un hecho que abominan y que las afectó definitivamente en sus vidas y en sus familias.

5. Las diferentes concepciones de justicia

Colombia ha vivido por muchos años en medio de una justicia congestionada y lenta, rezagada tanto en infraestructura básica como en administración y término de gestión de procesos. Incapaz de hacerle frente a una demanda inercial creciente, originada en nuestros múltiples conflictos. Una justicia intimidada ante la presión de actores armados, narcotraficantes y crimen organizado, sin embargo, el principal problema que enfrenta hoy en día el sistema judicial es la falta de confianza y poca credibilidad por parte de la ciudadanía lo que hace que se desvíe la demanda de justicia a métodos no menos perjudiciales.²⁴

Las mujeres entrevistadas en su mayoría no creen en la justicia impartida por el Estado o sus instituciones,

²⁴ Corporación Excelencia en la Justicia. “Informe de Coyuntura. La Labor de la Sociedad” Bogota Septiembre 2001, P: 109

porque la identifican con la impunidad y ante esta situación prefieren recurrir a otras salidas. Ven la justicia como algo individual y no colectivo, no como la que se da para todos sin discriminación, sino la que opera para cada uno según su forma de concebirla o sus circunstancias. Por eso se refieren a la justicia aplicada por Dios, por la vida, por el destino, por mano propia o privada, y, muchas veces, por una mezcla de ellas.

Quienes reconocen la justicia por parte del Estado, recurrieron a este para buscar protección o castigo a los agresores, y la experiencia les mostró que podía ser eficaz:

... Yo confío y pienso que la mayoría de los problemas es por que la gente no denuncia, creo que sí se hizo justicia. Cuando empezaron las amenazas donde le pedían plata a mi otro hijo y lo amenazaban de muerte a él también y a nosotros si no pagaba –esto fue unos días después de la muerte de mi hijo– nosotros denunciamos. Chuzaron²⁵ el teléfono y agarraron a los muchachos (Olga).

Sin embargo, frente al Estado predomina en las entrevistadas la falta de confianza en la aplicación de la justicia, ya que consideran que “la ley” no opera de igual forma para todas las clases sociales. Algunas afirman que su intervención en vez de ayudar a la comunidad la ha afectado.

La ley no hace nada. ¿No ve que antes fueron ellos los que jodieron esto por acá? Entonces que justicia va a haber, la justicia pa’ nosotros no existe (Ana).

La ley no actúa de nada, todo es dinero y rosca. Usted tiene rosca y plata, y ahí sí le hacen justicia, pero usted, bien pobre nada pasa. Si yo me iba y ponía la demanda ... nada pasaba, mientras que yo sabía que si seguían matando gente en la calle, les iba a llegar la hora (Magnolia).

He visto muchos casos de que por plata... Los que hicieron eso, como también tienen, los largan ahí

²⁵ Interceptaron el teléfono.

mismo, y entonces no hago nada. ¿Por qué voy a hacer si ahí mismo los largan y entonces quedo yo con el problema conmigo y mi familia? Comienzan ellos a desquitarse con el otro niño, o conmigo, o mi familia, por yo haber dicho algo (Susana).

En las anteriores entrevistas se coloca el acento en la inoperancia de las instituciones del Estado; no se tiene la seguridad de que los que han infringido la ley tengan una pena equivalente al delito. Si salen al poco tiempo, pueden a su vez aplicar venganza contra quienes los denunciaron. Hay miedo de esa retaliación.

Con respecto a lo anterior, Hernando Valencia Villa expresa:

Nuestra justicia suele procesar conflictos individuales y no colectivos para resolverlos con base en una legislación procesal y sobre todo una legislación sustantiva que las más de las veces favorece a los sectores aventajados, privilegiados, relativamente mejor ubicados dotados para la lucha por la supervivencia y por el reconocimiento en el conjunto de nuestra sociedad.²⁶

Esta poca legitimidad del Estado hace que las personas muestren desesperanza en cuanto a la administración de la justicia, pero a pesar de ello anhelan que la justicia sea una realidad:

Que ojala que en Colombia hubiera justicia, pero una justicia justa, que sí sea justicia, no que tengan detenidos inocentes, ni que metan al que señalaron, sino que comprobando las cosas, que se haga una verdadera justicia (Dolly).

Ante las dudas con relación a la aplicación de justicia por parte del Estado, algunas mujeres creen más en la justicia privada, y la defienden, diciendo que no se arrepienten de lo que han deseado o realizado, porque Dios está con ellas:

²⁶ VALENCIA Villa Hernando, *La Justicia De Las Armas*. Bogotá. Tercer Mundo. 1993.

La justicia no sirve para nada, yo no confío en nadie. Y yo no iba a dejar las cosas así como si no hubiera pasado nada, ni por el putas; es que fueron mis hijos, y yo no podía esperar a que hicieran justicia, eso no sirve para nada... ¿Por qué voy a sentir remordimiento si ellos primero me mataron a mis hijos? Y mire, yo no creo que haya hecho una cosa mala porque Dios me ayuda y yo tengo mucha fe (Patricia).

...cómo le parece que mi hija cuando mataron ese perro, ese 16 de diciembre se fue al frente de la casa para una miniteca a celebrar la muerte de ese zurrón. Ahí se hizo justicia. A mí me dijeron que pusiera la denuncia, pero yo no creo sino en la justicia de Dios (Magnolia).

Las anteriores expresiones recogen lo planteado por Cecilia Gerlein:

Cuando una muerte es causada por el hombre no tenemos forma de simbolizarla. Una de las pocas simbolizaciones para entender la muerte en general es la voluntad de Dios y no la podemos conceptualizar como un acto de la voluntad del hombre sino está por fuera de unos parámetros de justicia, donde equiparamos la justicia con Dios.²⁷

La idea de un Dios justo está arraigada en nuestra sociedad colombiana; la religión a lo largo de los años ha enseñado que existe un Dios omnipotente que es el encargado de juzgar, a los buenos y a los malos, desde el castigo que dio a Adán y Eva por haber desobedecido, pasando por la alianza con su pueblo Israel hasta la promesa de un juicio final donde castigará a los que no hayan cumplido sus mandamientos.

La gran mayoría de las personas entrevistadas en esta investigación cree que Dios es el encargado de impartir la justicia y lo dejan todo “en sus manos”, diciendo que es el único que puede juzgar la muerte del hijo. Pero esa justicia divina es entendida de diversas mane-

²⁷ GERLEIN, Cecilia. “El Impacto de La Muerte Violenta en el Duelo”. Fundación Omega. Bogotá.

ras. Es pensada por unas en los términos planteados por la Iglesia Católica en cuanto al juicio y castigo después de la muerte de quienes obran mal, pero otras señalan que el castigo divino se da en esta vida terrenal, a través de otros.

No, pues justicia no se ha hecho. La justicia la hará Dios allá arriba. De todas las cosas malas que uno haga aquí en la tierra, Dios es el único que tiene derecho a juzgar (Fanny).

En la justicia, no... Ah, en la de Dios... que les den a ellos también, así como le dieron a mi hijo (Susana).

Otras mujeres esperan que la vida se encargue de hacer justicia, porque dicen que la vida no se queda con nada, que el que hace algo malo lo debe pagar. Lo bueno y lo malo que uno hace se le devuelve:

Pero vea que la vida no se queda con nada: a los seis meses de haber muerto mi muchacho los mataron. A uno de ellos le dieron 52 tiros; dicen que quedó como un colador (Magnolia).

Pues que el que hace algo malo lo debe pagar... nada en esta vida puede pasar en vano, lo bueno y lo malo que uno hace se le devuelve... (Marina).

Entre las madres entrevistadas también hay quienes manifiestan su decepción y escepticismo frente a cualquier clase de justicia, porque ninguna opera, ni aun la privada:

No, yo no creo ni en la ley, ni en Dios, ni en nada. Si Dios existiera a mi hijo no lo hubieran matado. Es que yo veo al que me lo mató y me parece mentira. Entonces ¿cuál justicia? La justicia no existe (Paula).

Esta mujer expresa la desesperanza, porque ese evento tan doloroso le quebró sus creencias en Dios, en el Estado y en los otros. Ella perdió a su hijo y no encuentra ninguna razón que le permita comprender lo que pasó, y no se contenta con el decir de las madres devotas: Es un designio de Dios.

6. Reflexiones finales

El conflicto político armado que vive Colombia afecta directamente a la población civil que se ve involucrada, muchas veces sin tener muy claros sus móviles y su razón de ser. El origen de estas muertes está en el mundo de lo público, en la lucha por el poder político, en dominios territoriales, en el narcotráfico, pero sus efectos también involucran a las familias que se ven perturbadas en su mundo íntimo, en su sentimientos y afectos, en su organización y desempeño. La muerte de los jóvenes de la ciudad y del país, muchos de ellos no comprometidos directamente como actores en el conflicto, no debe ser concebida por la sociedad como un problema de la esfera privada. Si el Estado y la sociedad en su conjunto reconocen la dimensión social del problema y sus implicaciones en la exacerbación del ciclo de la violencia, deben actuar y responder en términos de la búsqueda de la verdad, la justicia y la reparación, tal como ha sido reclamado por el movimiento mundial en defensa de los derechos humanos y por los movimientos de mujeres.

Este acercamiento al problema, desde el testimonio de las víctimas, de los efectos subjetivos del conflicto violento que vive el país, nos ha permitido evidenciar la complejidad del tema, pero a la vez nos ha generado nuevas preguntas: ¿Cómo romper con el ciclo de la violencia si estas madres no encuentran explicación a un hecho tan doloroso y si no logran resignificarlo en sus vidas? Si en Colombia la justicia fuera eficiente y los responsables de estos actos fueran procesados y castigados con penas proporcionales a sus delitos, ¿tendría presencia y sería tan generalizada la idea y la práctica de la justicia privada, que no hace más que reproducir el ciclo de la violencia?

En Colombia poco se ha avanzado en la tarea de incorporar esos hechos violentos a la memoria colectiva, ni se le ha dado la palabra a las víctimas, tal como lo señala la socióloga María Teresa Uribe:

“... lo que resulta intolerable es que esto [el proceso de negociación] se realice a costa de la negación del

pasado, del olvido de las víctimas y el irrespeto por sus heridas abiertas, de las memorias truncadas y las historias imposibles, de los dramas sin explicación, de las preguntas sin respuesta y de los gritos ahogados de las gargantas de los afectados” .²⁸

Los profesionales de las ciencias sociales tenemos aquí un importante campo de acción, y el reto, no sólo de intervenir, sino también de apoyar y de adelantar investigaciones que le den la palabra a las víctimas, de tal manera que se aporte al análisis, a la comprensión y a la explicación de esta problemática. Investigaciones que cumplen una función política en la medida en que sirven de referente para plantear alternativas y reclamar al Estado que desarrolle acciones que permitan alcanzar altos niveles de verdad, justicia y reparación, condiciones fundamentales para lograr una verdadera interrupción del ciclo de la violencia.

Bibliografía

- ANGARITA, Pablo Emilio. *Conflictos urbanos, seguridad democrática y derechos humanos*. Ponencia presentada en el seminario “Seguridad, Derechos Humanos y Paz en Colombia”, Organizado por Programa Andino Democracia y Derechos Humanos, de la Unión Europea. realizado en Santafé de Bogotá, Febrero 26 y 27 de 2003.
- BLAIR, Trujillo, Elsa. *Conflicto armado y militares en Colombia*. Instituto de Estudios Políticos. Universidad de Antioquia. Medellín-Colombia: Editorial Universidad de Antioquia, Agosto de 1996.
- BLAIR, Elsa y LONDOÑO, Luz María. *Experiencias de guerra desde la voz de las mujeres*. Revista Nómadas. Número 19. Universidad Central. Bogotá. Octubre 2003.
- FREUD, Sigmund “*Duelo y Melancolía*” En Obras Completas, Madrid Biblioteca Nueva. 1981
- GERLEIN, Cecilia. *El impacto de la muerte violenta en el duelo*. Psicóloga, Fundación Omega. Bogotá. Material sin fecha.
- PUYANA, Yolanda (compiladora) y Otros. *Padres y Madres en Cinco Ciudades Colombianas, Cambios y permanencias*. Almudena Editores. Bogotá, Febrero de 2003.
- ROJAS, Carlos Augusto. *El ritual de la muerte violenta en Medellín*. Trabajo de grado. Departamento de Psicología, Universidad de Antioquia. Medellín. Agosto, 1998.
- TENORIO, María Cristina. *Instituir la deuda simbólica*. Revista Colombiana de Psicología. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. 1993.
- URIBE, María Teresa. *Memorias, historia y ciudad*. Revista Trabajo Social. No 1. Medellín. Departamento de Trabajo Social. Universidad de Antioquia. Enero- junio. 2005. p:16.
- VALENCIA, Villa Hernando. *La Justicia De Las Armas*. Bogotá. Tercer Mundo. 1993
- VARIOS. Corporación Excelencia en la Justicia. “*Informe de Coyuntura. La Labor de la Sociedad Civil por la Justicia*”. En Revista Justicia Y Desarrollo. Debates. Vol. 4. Santa fe de Bogotá Septiembre 2001
- VILLA, Marta Inés. *Urbanización de la Guerra: Lo que va del miedo al terror*. En revista Desde la Región. N°40. Sep. 2003. Medellín.

²⁸ URIBE María Teresa. Memorias, historia y ciudad, op,cit. p: 23